

Televisión y teatro

Jerónimo López Mozo

Ha pasado medio siglo desde que la televisión llegara a España. Había razones para que las gentes del teatro desconfiaran de ella, como años antes lo había hecho del cine. Sin embargo, sus reservas, referidas en lo esencial a la presumible pérdida de espectadores, jamás se pusieron de manifiesto. Al contrario, desde el primer momento, teatro y televisión vivieron un idilio que duró algunas décadas y del que hoy sólo quedan recuerdos. Alguien dijo que, en sus inicios, la pequeña pantalla era una especie de versión actualizada de la radio, en la que locutores, personajes que aparecían en ella y hasta los cantantes parecían bustos parlantes. La incorporación del teatro fue muy importante para romper esa vinculación con la radio. Abrió insospechados horizontes al nuevo medio de expresión, contribuyendo a dotarle de un nuevo lenguaje. Puede decirse que se produjo un perfecto caso de maridaje entre el maduro teatro y la joven e inexperta televisión. Aunque no todos los profesionales de la escena compartían esa idea —hubo quien llegó a decir que, siempre que oía hablar de teatro en televisión, echaba mano a la pistola—, lo cierto es que las compensaciones no fueron pocas: el teatro entró en los hogares españoles; los profesionales encontraron un nuevo campo en el que desarrollar su actividad y, entre ellos, los actores adquirieron tanta popularidad como las figuras del cine; y, en fin, el interés por el teatro aumentó, pues fueron muchos los que se aficionaron a él gracias a los programas dramáticos, en especial *Estudio 1*, el primero y más emblemático. Aunque se trataba de un sucedáneo, no cabe duda de que llevó el arte escénico a lugares en los que jamás se había visto una representación teatral, cumpliendo una función similar, en cierto modo, a la llevada a cabo por La Barraca de García Lorca. También despertó vocaciones. Sirva como botón de muestra el caso del director de escena Jesús Cracio, quien ha contado en alguna ocasión cómo durante los grises inviernos de su pueblo asturiano, sentado en una silla de mimbre y exhalando el humo de un cigarrillo, al ver aquellas funciones de teatro, se sentía transportado a mun-

dos fantásticos y desconocidos que endulzaban su rutina y que, al cabo, le empujaron a dedicarse de por vida al teatro.

Es posible que si hoy contempláramos aquellas imágenes en blanco y negro nos sintiéramos decepcionados, pero nos sorprenderíamos si supiéramos la precariedad de medios con que fueron captadas y el mérito de quienes hicieron un trabajo no solamente digno sino, en ocasiones, de gran calidad artística. ¿Cómo exigir perfección a espectáculos que, al principio, se emitían en directo desde los platós de televisión sin apenas tiempo para que los actores ensayaran y aprendieran los textos? La historia de la evolución técnica de la televisión quedó bien reflejada en la de *Estudio 1*. En sus dos décadas de vida se pasó de la emisión en directo a la grabación previa en vídeo; de trabajar con dos cámaras instaladas frente al plató a hacerlo con un número mayor, lo que permitía captar la escena desde otros ángulos; y a modificar las escenografías, suprimiendo los techos y a veces los laterales, para que las cámaras pudieran invadir el espacio escénico, a veces suspendidas de grúas. Cuando los profesionales del medio dominaban su oficio auxiliados por los avances técnicos que se iban produciendo y estaban en disposición de ofrecer un trabajo de calidad, el programa empezó a languidecer, desapareciendo pronto de la programación. Varios fueron los motivos. Por un lado, la megalomanía de ciertos creadores que, cuando dispusieron de recursos, convirtieron *Estudio 1* en un costoso producto que devino en una pésima copia del cine. Pero tal vez lo realmente decisivo fue la aparición de los controles de audiencia y la lucha por la captación de publicidad que estalló tras la aparición de las cadenas privadas de televisión, pues no hay que ocultar que, aun teniendo buena acogida, el seguimiento era minoritario, ya que raramente era visto por más de medio millón de personas.

Estudio 1 no ha sido el único espacio dramático ofrecido por Televisión Española. Siguió *Teatro de siempre*, *Taller de teatro*, *Teatro Breve*, *Primera función*, *Butaca de salón*, *Teatro club* y *La 2 en el teatro*, en los que tenían cabida espectáculos grabados en teatros durante las representaciones habituales. No es posible analizar en estas páginas cada uno de ellos, pero sí cabe destacar algunos que cumplieron una función importante desde el punto de vista cultural. A principios de los ochenta, *Teatro breve*, que venía ofreciendo una programación poco ambiciosa, incluyó por primera vez obras de autores que, hasta entonces, habían sido ignorados por sus contenidos críticos, el vanguardismo de sus propuestas o por ambas cosas a la vez. Es cierto que se tra-

taba de piezas de no más de media hora de duración, pero su presencia en la pequeña pantalla supuso una bocanada de aire fresco tras años en los que, con la excepción de Buero Vallejo y algún otro prestigioso autor, fue dominada, durante el franquismo, por los representantes más conservadores de nuestro teatro y, en la transición, por dramaturgos pertenecientes al repertorio clásico. Fueron trece las piezas emitidas, seleccionadas por Santiago Paredes, padre del proyecto, y firmadas por autores como Juan Antonio Castro, Adolfo Marsillach, Domingo Miras, Luis Riaza, Romero Esteo, Luis Matilla, Ruibal y quien esto firma.

A finales de esa década, otra iniciativa, ésta de José Monleón, nos permitió aproximarnos al mundo de América Latina a través de las obras de sus dramaturgos. Bajo el título «Iberoamérica y su teatro», el programa *Primera función*, que se emitía por la segunda cadena, ofreció buen número de los espectáculos más representativos producidos en aquellos países durante aquellos años. Se inauguró con la puesta en escena de *Yepeto*, del argentino Roberto Cossa, y siguieron, entre otras importantes, *La secreta obscenidad de cada día*, de Marco Antonio de la Parra, *La empresa perdona un momento de locura*, de Rodolfo Santana, *Ulf*, de Juan Carlos Gené, *Artigas, general del pueblo*, de Rubén Yáñez y M. Schinca, *Dos viejos pánicos*, de Virgilio Piñera, *Los enemigos*, de Sergio Magaña, *Pasión malinche*, de Alberto Pedro, y *Compañeros del alma*, de Villanueva Cosse y Adriana Genta. Entre las compañías que participaron en el proyecto estaban el Teatro Circular de Montevideo, la Compañía del Consejo de Artes Escénicas de Cuba, la argentina Teatro de la Campaña, La Candelaria de Colombia, El Galpón de Montevideo, Actoral 80 de Venezuela, Teatro Imagen de Chile, Teatro de los Buenos Ayres de Venezuela, Teatro Mío de Cuba y la Compañía Nacional de Teatro del Instituto de Bellas Artes de México.

Para concluir, es necesario recordar los espectáculos europeos que Miguel Bilbatúa incluyó en la programación de *Butaca de salón*. Fueron ofrecidos, entre otros, el *Mahabharata*, de Peter Brooks, en tres entregas de dos horas cada una; *El zapato de raso*, de Paul Claudel, con dirección de Barrault, *La falsa sirvienta*, dirigida por Patrice Chereau y protagonizada por Michael Piccoli; y la puesta en escena realizada por Antoine Vitez de *El príncipe disfrazado*.

Es posible que alguien interprete estos datos como una prueba del interés de los sucesivos responsables de la televisión española por el

teatro. Sin embargo, nada más lejos de la realidad. Transcurridos los primeros años de su existencia, cuando dejaron de necesitarle, se desentendieron de él y, si continuaron dándole cabida en la programación, fue con la desgana con la que se cumple una obligación moral. Salvo las excepciones apuntadas, tampoco la calidad de lo que se ofrecía era notable. La mediocridad fue la tónica dominante. De la actualidad poco cabe decir, pues la presencia del teatro en la pequeña pantalla es meramente testimonial. Pero a pesar de todo, aquellos programas fueron útiles porque cumplieron, como ya he señalado, una función importante. Pusieron el teatro al alcance de los que no tenían fácil acceso a él. Sucedió con *Estudio 1*. También con la muestra de teatro europeo, que ofreció importantes puestas en escena que nunca llegaron a España o que, si lo hicieron, fue fugazmente en el marco de festivales internacionales. Es lógico que, por encima de los aspectos negativos, sintamos nostalgia de los tiempos en que el teatro frecuentaba los estudios de televisión.